

natural, diciendo: *Me acercaré al enemigo hasta que la vea.*

Se vestían de encarnado para la pelea, se peinaban con esmero, y se coronaban de hojas como lo hacen todavía los Alemanes. Al llegar á la frontera sacrificaban á Júpiter y á Pálas; tomaban de los altares patrios un tizon destinado al sacrificio de una cabra que ofrecía el rey el día de la batalla; en seguida entonaba este en el aire de Cástor un canto que todos los soldados repetían en coro. Sin preguntar cuántos eran los enemigos, sino dónde estaban, marchaban contra ellos al son de la flauta, siendo los primeros que introdujeron este uso, así como el de vestirse uniformemente. Rodeaban al rey cien soldados, cuya obligación era defenderlo. No perseguían á los vencidos, ni les despojaban, ni colgaban en los templos los trofeos. El que apelaba á la fuga era más digno de lástima que si hubiera muerto: tenía que permanecer en pie por el tiempo que se le fijaba á la vista del ejército, y no podía en lo sucesivo presentarse en la plaza, ni aspirar á los empleos, ni tomar esposa; debiendo levantarse hasta cuando llegaba un niño, y si se servía de aceite ó de unguento era apaleado.

Se ha dicho por algunos: *¿Qué maravilla es que gentes para quienes la vida tiene tan pocos atractivos, arrosten con intrepidez la muerte?* Con efecto, su ciudad era siempre un campamento, donde todo parecía destinado á extinguir el sentimiento de la personalidad, y á identificar al individuo con la patria. De aquí aquella falta total de ambición, que permitía á Pedareto, rechazado por el gran consejo, felicitarse de que hubiera trescientos ciudadanos preferibles á él en Esparta (1). Aténas prometía monumentos á sus grandes ciudadanos, Roma coronas, Odino las hermosas Valkirias, que aguardaban á los valientes en sus espléndidos palacios, Mahoma los abrazos de las Huries: Esparta, nada. Caen en las Termópilas trescientos de sus defensores, y coloca allí una piedra con la inscripción siguiente: *Han cumplido con su deber.*

Parece que Licurgo conoció que las privaciones y los sacrificios unen más estrechamente á los hombres que los placeres y los goces. Así ama más á la patria aquel que más infeliz ó amenazada la mira; y por eso los monjes son tanto más afectos á su orden, cuanto más austera es esta. Si quiso preservar á su ciudad de los desórdenes que reinaban en las demás ciudades de Grecia, y asegurarla contra la usurpación extranjera, lo consiguió sin duda, pues durante más de cuatro siglos ningún cambio notable acaeció allí, en medio de los continuos trastornos de los Estados vecinos. Pero si el objeto de una legislación debe ser, no la estabilidad, sino la perfección del individuo y de la

(1) Así hablando en general; pero no sé que hubiera ningún tribunal de 300 magistrados en Esparta. Los hipagretas eran, es cierto, trescientos; escuadrón escogido, que mandaban tres jefes, cada uno de los cuales elegía ciento. Muy bien pueden aludir á él las palabras de Pedareto.

especie, no es posible alabar á Licurgo por haber formado un pueblo ignorante, feroz, soberbio, y que se mantuvo bárbaro en medio de tanta civilización, como un cuartel de soldados dentro de una ciudad floreciente. ¿Qué libertad la de un país donde el comer, el vestir, el hablar, hasta el amor de la mujer y el cuidado de los hijos estaban regularizados por leyes? ¿Qué civilización allí donde se hallaba proscrita la compasión que honra al hombre mucho más que cualquier alarde de impasibilidad?

¿Qué diré del trato dado á los esclavos? El flota era propiedad del Estado, el cual podía utilizarlo como fuese su gusto. En caso de guerra los armaban; si alguno descollaba por su gallarda estatura, su expresiva fisonomía ó su claro ingenio, lo mataban ó multaban á su amo; si querían enseñar á los jóvenes la templanza, introducían en los convites á un flota beodo, cuyos gestos y disparates hacían aborrecible la embriaguez; si había excesivo número de ellos, disponían que los jóvenes se ejercitasen en la caza, matándolos por pasatiempo en las tierras bañadas con su sudor. ¡Y estas bestias humanas eran en número de doscientas mil! Dos mil fueron de una vez enviados con pretexto de socorrer á Brasidas, y no se volvió á saber de ellos.

El objeto de toda la legislación de Licurgo fué conservar la pobreza, prohibiendo las artes y la industria; y esto por necesidad había de ocasionar el ocio, y los males que son su consecuencia. Preciso era tener esclavos que cultivasen los campos; y como estos, viviendo tranquilos y sin que les mataran á los hijos contrahechos, se multiplicaban, había que cazarlos para acabar con ellos. Era necesario tener guerreros y cazadores; y por lo mismo los niños que no mostraran condiciones de tales, debían ser arrojados al río. Indispensables consecuencias de un principio; legislación bárbara, que queriendo mantener al hombre en el estado salvaje y cruel, lograba en efecto perpetuar la miseria, la ignorancia, la superstición y la violencia.

El que obliga á un pueblo á encerrarse en un círculo dado, lo condena anticipadamente. Licurgo había mandado acertadamente no hacer la guerra sino en defensa propia, y no tener escuadras, á fin de evitar la tentación de salir en corso; pero una nación, cuyo único estudio era el de robustecer el cuerpo, debía desear ocasiones de ejercitar sus fuerzas, de lanzarse á los azares de la guerra, como que no conocía otro medio de interrumpir la monotonía de su penosa existencia. Harto veremos con qué atrocidad peleaban, y el horror que se apoderará de nosotros al referir las traiciones hechas á Mesenia, la desolación causada á Aténas, donde, según se dice, perecieron en ocho meses de paz más personas por la mano del verdugo que en veintisiete años de combate (1), y el infame tratado de Antálcidas y la guerra de Tebas serán una noble protesta contra los que pregonan con

(1) Jenofonte.

sus palabras ó con sus actos que la fuerza lo es todo en el mundo.

## CAPÍTULO VI

Guerras Mesénicas.

Después de haber organizado Licurgo su ciudad á manera de un campamento, donde la paz fuese triste y enfadosa, y la vida una preparación para la guerra, intimó á los Espartanos que vivieran tranquilos. Natural era que no le obedeciesen; y así, no bien hubo muerto, empeñaron con los Arcadios y los Argivos combates que duraron desde 873 á 743, y guerras más memorables con Mesenia.

Los Mesenios, aunque eran de raza dórica, habían cobrado odio á los Espartanos, desde que al repartirse el Peloponeso, se apropiaron estos la porción mayor. Habíanse ayudado recíprocamente los reyes de ambos países, siempre que sus súbditos habían querido disminuir su autoridad; pero los dos pueblos se miraban de reojo, y mucho más desde que Esparta y Micénas prevalecieron en el territorio subyugado de la Laconia. Cuando la mina está dispuesta, basta una chispa para hacerla reventar. Al dirigirse cierto número de doncellas espartanas á una fiesta que debía celebrarse en el templo de Diana, común á ambos pueblos, y situado en sus confines, fueron sorprendidas y deshonradas por jóvenes de Mesenia; y ellas, no queriendo sobrevivir á tamaño ultraje, se dieron la muerte.

Poco después Policáres, rico Mesenio, confió sus rebaños á Evadno, Lacedemonio, para que los apacentase en las fértiles praderas de la Laconia; y este los vendió, esparciendo la voz de que le habían sido robados por los corsarios. Descubierta el fraude, Policáres envió á su hijo á reclamar el precio á Evadno, el cual lo asesnió. El desgraciado padre presenta su querrela ante el tribunal de Esparta; pero viendo que todo se reducía á mera palabrería, monta en cólera y se precipita furioso sobre cuantos encuentra al paso en la ciudad. Envía entonces Esparta embajadores á Mesenia pidiendo satisfacción, y no lográndola tan cumplida como desea, le declara una guerra de exterminio: arruñanse ambos pueblos, pelean, y se arruinan á porfía con el furor propio de las guerras fraternas.

Habían jurado los guerreros Espartanos no volver á su patria mientras no dejasen satisfecha su venganza, y no perdonaban ni campos ni hombres; tanto, que reducidos los Mesenios al último extremo, acudieron al oráculo, quién les respondió: *Apláquese á los dioses con la sangre de una virgen de real estirpe.* Tocó la suerte á la hija de Licisco, pero él favoreció su evasión. Entonces Aristodemo, deseando adquirir los sufragios populares y el reino, presentó á su propia hija, y como protestase un amante de esta diciendo que no era doncella, y que ántes bien llevaba en su seno el fruto de sus amores, el

Aristodemo.  
744-724.

implacable padre la degolló con su misma mano. Obrando así, aplacó á los dioses y reinó; pero no por esto se salvó Mesenia. Desgarrado aquel ambicioso por los remordimientos, acabó dándose muerte; Itome, última fortaleza, cayó en poder del enemigo; refugióse en Argos, en la Arcadia y en Sicione los que tenían en estos puntos vínculos de hospitalidad: disueltos los demas, hubieron de jurar fidelidad á los Espartanos, darles en tributo mitad de sus cosechas, y asistir vestidos de luto á los funerales de los reyes y de los magistrados de Esparta.

En cumplimiento del juramento prestado, los reyes de Esparta tuvieron que permanecer veinte años fuera de su patria, y se dice que en aquella ocasión fueron creados los éforos para suplirlos. Á su regreso se conservó la nueva magistratura, con el encargo de decidir cualquiera divergencia que ocurriese entre los reyes y el senado: el pueblo quedó reducido á confirmar ó á desechar lo que se proponía, sin poder modificar cosa alguna.

Para que no se disminuyese la población con tan larga ausencia, envió el senado orden al ejército de que volviesen los más jóvenes, que por haber crecido con posterioridad, no habían prestado el juramento, á fin de que fecundasen á las mujeres. ¡Moralidad espartana! Los hijos de estos ayuntamientos fueron llamados *Partenios*; y expulsados por los maridos al regresar á sus hogares, se trasladaron á Italia, donde fundaron á Tarento.

Hallamos en Italia otras colonias de Espartanos, especialmente en el Abruzzo los Locrenses y los Crotoniatas, célebres en la lucha. Los flotas trataron de sublevarse; pero fueron sometidos á viva fuerza, y diseminados en estos establecimientos.

Cuarenta años pesó la dura tiranía de Esparta sobre los Mesenios, hasta que se convirtió en voluntad unánime el deseo de venganza que á todos abrasaba. Acogió el voto nacional Aristómenes, vastago de sus antiguos reyes; y reuniendo la juventud, la excitó á libertar la patria. Fué proclamado rey; pero se contentó con el título de capitán, é infundió con sus primeras expediciones tal espanto en los Lacedemonios, que enviaron á consultar al oráculo, el cual les respondió que buscaran un jefe en Aténas. Aténas era rival de Esparta; y así avanzada viendo que recurría á ella, le envió casi por mofa á Tirteo, que solo era poeta, y por añadidura cojo. Pero este hizo ver claramente á los Espartanos cuán injustos eran en no estimar más que la robustez del cuerpo; pues supo inspirar con sus cantos tal ardor á los combatientes, que reanimó su denuedo y volvió á poner de su parte la fortuna. Por desgracia, consagraba su ingenio á una causa inicua, excitando á los Espartanos al exterminio de un pueblo á quien el exceso de la opresión había hecho convertir en espadas sus cadenas. En las filas de Aristómenes hubiera podido el poeta hablar de patria y nutrir sus cantos con sentimientos generosos y consoladores: en las

Partenios

707.

Tirteo.

de Esparta no le quedaba mas recurso que estimular el valor y mostrar cuán vergonzoso era apelar á la fuga y sobrevivir á una derrota, pero sin hablar nunca de virtud, de justicia, de Dios.

71. Tenían que habérselas los Espartanos con gente reducida á la desesperacion; así la victoria permaneció aun por algun tiempo fiel al héroe Mesenio, el cual luchó por espacio de tres años, hasta que se alzaron nuevamente en contra suya la voz de Tirteo, y la traicion de los Arcadios comprados por los Espartanos. Vencido Aristómenes, se retiró á las montañas, refugio de la libertad, y sostuvo en la fortaleza de Ira un asedio de once años. Otra vez vino la traicion á serle adversa; fué tomada Ira; Aristómenes, con los restos de la guarnicion, se abrió paso y anduvo errante por Grecia; sus soldados se dispersaron; parte de ellos pasaron á Sicilia, y derrotando á los habitantes de Zancle, dieron á esta ciudad el nombre de Mesina, en memoria de la patria que habían perdido.

463. El territorio de Mesenia fué repartido entre los vencedores; y reducidos sus habitantes á la deplorable condicion de llotas, bañaron con el sudor de la esclavitud el suelo de la perdida patria. Doseientos años despues probaron de nuevo á sacudir el yugo; pero como acontece á menudo, solo consiguieron hacerlo mas pesado.

Aunque estas victorias aumentaron el predominio de Esparta, le costaron tanta sangre, que tardó mucho en reparar sus pérdidas. En grandeciéndose, pues, lentamente en medio de los Dorios, ensanchando su territorio con detrimento de los Argivos y de los Arcadios, pero sin asegurarse la primacia entre su raza, hasta que en 550 logró avasallarlos completamente.

Ninguna alteracion causaron en la constitucion de Esparta estas guerras, pues no traspasaron los límites del Peloponeso, y fueron propiamente entre hermanos; pero no sucedió así cuando se mezcló en los asuntos de Grecia, aspirando á obtener la supremacia en contraposicion con Atenas, que marchaba al frente de la raza jónica. El hilo de nuestra narracion nos conduce á hablar de esta ciudad, de costumbres mas humanas.

## CAPÍTULO VII

Atenas. — Solon.

Cecrope 1610  
1523  
1509

Durante el reinado de Ogiges (1832 á. C.) el lago Copai inundó la Ática, lo cual fué causa de que se perdiesen las memorias anteriores. Siglo y medio despues llegó allí, dicen que del Egipto, Cecrope, el cual enseñó á cultivar el olivo, y fundó el tribunal del Areópago. En tiempo de Canao, uno de sus sucesores, acaeció el diluvio de Deucalion. Anfiction arrojó del trono á su suegro Atis; pero tambien él fué desposeído por Erictonio, á quien sucedió Pandion, y á este Erecteo, en cuyo reinado llegó Ceres al Ática, viniendo de Sicilia, esto es, se difundió allí la agricultura.

Las primeras instituciones de aquel país indican su origen extranjerio; el Areópago y la distribucion del pueblo en nobles, agricultores, y artesanos, parecen cosa de Egipto; tambien habia allí algo de la India, pues encontramos establecidos sacrificios de familia, que debian cumplirse por los parientes, en los mismos grados que entre los Indios (1). Pero la inmovilidad oriental no podia ser de larga duracion en aquel territorio, y ya veremos al pueblo adquirir paso á paso la libertad, y á Atenas, favorecida por su situacion, y resguardada de las incursiones de las hordas bárbaras que devastaban el resto del país, prosperar en civilizacion.

Uno de los acontecimientos mas antiguos de la Ática es la guerra entre el Ateniese Erecteo y el Tracio Eumolpo. Habiendo sido vencido el primero, la paz confirmó la supremacia de Atenas y su alianza con los Eleusinos, cimentada quizá por su admision á participar de los misterios de Ceres, instituidos en Eléusis, y cuya direccion estuvo siempre reservada á los Eumólpidas (libro II, pág. 333). Puede considerarse como fundador del Estado á Teseo, quien limpió el país de ladrones y de monstruos, lo libertó del tributo de siete mancebos y otras tantas doncellas, que debia pagar á Creta, y consolidó el gobierno, reuniendo los cuatro distritos de la Ática, independientes hasta entónces, y declarando capital á Atenas.

Nos han contado de él demasiadas cosas para que haya posibilidad de distinguir lo verdadero de lo falso, y nada se sabe de sus sucesores hasta Codro. Cuando invadieron los Heráclidas el Peloponeso, los Jonios, arrojados de sus hogares, aumentaron la poblacion de la Ática; por lo cual concibieron zelos los Heráclidas de Esparta y le declararon la guerra. Habia vaticinado el oráculo que alcanzaria el triunfo aquel ejército cuyo caudillo pereciera en el combate; y Codro, valiéndose de una estratagema, se hizo matar por el enemigo, asegurando para los suyos la victoria y la gloria para sí. Admiraronle los Atenenses; pero no quisieron mas reyes, y poniéndose bajo la proteccion de Júpiter, determinaron que los gobernase un arconte, elegido en la familia de Codro; magistrado hereditario y perpétuo, pero que debia dar cuenta de su gobierno, y someter su autoridad á la del pueblo en los negocios del Estado, á la del Areópago en los asuntos criminales, y á la del Prítaneo en los civiles. Descontentos muchos Atenenses con este cambio, pasaron al Asia Menor en union de los Jonios, y fundaron allí colonias.

Dieron los Atenenses un nuevo paso hácia la libertad, cuando redujeron al arconte de perpétuo á decenal, eligiéndolo siempre entre los descendientes de Codro. Por último, sin que se sepa qué revoluciones fueron causa de ello, aumentaron hasta nueve el número de los arcontes, los cuales solo debian durar un año; distribuyéndose entre los tres primeros las funciones reu-

(1) BUNSEN, *De jure hereditario Atheniensium*.

nidas hasta entónces en el jefe del Estado. Estas mudanzas favorecian solo á la raza dominadora, gente que, á semejanza de los patricios de Roma, constituia una tiranía vigorosa, sacando de su seno los arcontes y los areopagitas. Sin embargo, los vencidos no se resignaban á la servidumbre, como en Oriente, y se suscitaban conflictos entre el pueblo y la nobleza; pero esta, unida entre sí y por lo mismo fuerte, sofocaba las reclamaciones de la multitud, ejercia su autoridad con arrogancia, administraba justicia á su antojo, y oprimia á los deudores hasta el punto de vender sus hijos.

Dracon. 621. El arconte Dracon habia dictado leyes severas como lo son todas las de las aristocracias heróicas, y que al parecer no fueron mas que un código criminal; y se dijo que lo habia escrito con sangre, porque aplicaba á todos los delitos la pena de muerte, declarando que ningun delito era tan leve que no mereciese el último suplicio, ni tan grave que se le pudiera sujetar á mayor pena. Por eso, hasta la ociosidad se castigaba con pena capital; se procedia contra las cosas inanimadas que habian causado algun daño; y el Areópago fué sustituido por un tribunal de cincuenta y cinco efetas, al cual debian someter sus decisiones todos los tribunales de justicia (1).

Así cayeron los Atenenses desde el poder ilimitado de los reyes bajo el yugo de leyes implacables, cuya excesiva severidad opuso obstáculos á todo buen resultado; ademas de que ni se extendian á la organizacion civil, ni el legislador habia fijado su atencion en la plebe. En-crudeciábase, pues, las dimensiones heróicas entre las tres clases que se distinguian con los nombres de Pedianos, Diacrios, y Paralios, esto es, de la llanura, de los montes y de la costa. Trató Chilon de aprovecharse de ellas, para usurpar el poder; pero, asediado en la ciudadela, logró salvarse apelando á la fuga, y sus parciales, refugiados en el templo de Minerva, consiguieron que se les prometiese la vida; siendo, no obstante, degollados sobre el ara.

595. Una peste que sobrevino, y la toma de Nicea y Salamina por los Megareses, se consideraron como castigo de los dioses por tan sacrilega matanza; en consecuencia se envió á buscar á Epiménides, famoso sabio de Creta y amigo de los dioses, para que pusiera remedio al mal. Luego que llegó á Atenas, ordenó que se levántaran templos, que se sacrificaran víctimas, y que se entonasen cánticos de expiacion (2); re-

(1) Creo que se engaña Robinson en las *Antigüedades griegas*, etc. 12 y 13, tom. I, cuando dice que eran jueces de apelacion solo los del Paladio y no los efetas, en general.

(2) Juan Tzetze, en la *Crónica poética*, V, 23, nos ha conservado los ritos con que se hacia la purificacion de las tierras contaminadas: « Cuando una ciudad era asolada por el hambre, la peste ú otra espantosa calamidad, se aprestaba una víctima y se la conducia al ara. Echábanse entónces al fuego queso, tortas, higos, y despues de haber frotado siete veces las partes genitales de la víctima con cebolla marina, higos silvestres y otros frutos sazonados sin el auxilio del arte, se quemaba todo en una hoguera de leña de árboles no planta-

formó ademas las ceremonias del culto, haciéndolas ménos costosas, suprimiendo los golpes que se daban las mujeres en el pecho y en el rostro durante los funerales; en suma, sustituyendo ritos mas humanos á los traídos de Oriente. Esto restableció la concordia, si bien por poco tiempo; pues como existian siempre las mismas causas, resucitaron los contiendas entre los grandes, y con el auxilio de Solon se aprovechó el pueblo de ellas para adquirir derechos.

Era Solon de estirpe real, pero habiendo venido á ménos, procuró rehacer su fortuna con el comercio; y encontrándose de este modo mas desahogado, se dedicó á viajar, trabando conocimiento con los hombres mas célebres de su tiempo, llamados posteriormente *los sabios* de Grecia. No eran estos doctos ni filósofos, sino gente de una ciencia vulgar, que sacaban de las sombras del templo la doctrina de las costumbres, y meditaban acerca del hombre y la naturaleza, como tambien acerca del modo de darle la mejor direccion posible. Conocidas son las máximas que se les atribuyen (1), forma proverbial bajo la cual ponian la moral al alcance de todos. La mayor parte fueron hombres de Estado: Quilon, éforo de Esparta; Bias, magistrado de la Jonia; Pitaco, esimeta ó dictador de Lésbulo; Cleóbulo, tirano de Lindo, y Periandro de Corinto.

Reunidos todos en el palacio de este último con Anacársis, que habia llegado de Escitia á visitar la Grecia y á compararla con la sencilla rudeza de su patria, discurrían sobre el mejor gobierno posible. Solon dijo que sería aquel en que la injuria hecha á un particular se considerase como hecha á todos; Bias, aquel en que la ley reinase en lugar del príncipe; Tales, aquel en que los habitantes no fuesen ni muy pobres ni muy ricos; Anacársis, aquel en que se honrase la virtud y se abominase el vicio; Pitaco, aquel en que no se concediesen las dignidades, sino á las gentes honradas; Cleóbulo, aquel en que los ciudadanos temieran mas la censura que el castigo; Quilon, aquel en que se diese mas obediencia y autoridad á las leyes que á los oradores; por último, Periandro dijo que el mejor gobierno de todos sería el popular que se aproximase mas á la aristocracia, y donde la autoridad residiera en un corto número de hombres virtuosos.

Solon cultivó tambien la poesia, llenando sus composiciones de profundas máximas; y tuvo

» dos; por último, se arrojaban al mar las cenizas, y de este modo se ahuyentaban los males que aflijian á una ciudad. » Conocida es la lustracion anual que se verificaba en Israel, cargando á un macho cabrio de las maldiciones de todo el pueblo, y lanzándolo en seguida al desierto.

(1) SOLON: Conócete á ti mismo.

QUILON: Ve el fin de una larga vida.

PITACO: Conoce la oportunidad.

BIAS: Los mas son malos.

PERIANDRO: A la habilidad todo es posible.

CLEÓBULO: No hay nada mejor que la moderacion.

TALES: Promete, cuando el peligro es inminente

Véanse nuestros documentos de FILOSOFÍA.